

CORREO DE XEREZ

DEL JUEVES 4 DE MARZO.

DE 1802.



DISCURSO MORAL.

En la virtud unicamente puede el hombre encontrar su felicidad.

El deseo de ser feliz no es menos natural en el hombre que el de vivir; apenas vé la luz, quando busca la felicidad. Todas sus ideas, sus movimientos, sus acciones no llevan otro fin, y la muerte le sorprende con este afán. De aquí las empresas, los trabajos, los hechos de los guerreros, las intrigas del ambicioso, los cuidados del voluptuoso, los desvelos y fatigas del avariento; pero pues todos los hombres desean ser felices, ¿por qué se encuentran tan pocos que lo sean? y si todos se esmeraran por lograr la felicidad, ¿por qué se halla un número tan crecido que se afana inutilmente sin conseguirla? ¿Diremos que el Cielo se complace en burlarse de nuestros esfuerzos? ¿Acaso nos habrá dado la existencia para pasar

so-

sobre la tierra unos días llenos de amargura? ¿No os habrá dado deseos tan vehementes ácia la felicidad, solamente para aumentar nuestra miseria? Léjos de nosotros un pensamiento que les sería injurioso, debemos confesar que el Cielo es justo, y nuestras desgracias no tiene otra dimanacion que de nosotros mismos. Está en nuestra mano el ser felices, y si no lo somos, nuestra es la culpa. En vez de tomar la senda que conduce á la felicidad, andamos por el camino que nos aparta de ella, en lugar de guías fieles, tomamos las que nos extravian; debiamos escuchar los consejos de la razon, que nos alumbra, y escuchamos las pasiones que nos ciegan. Estas nos dicen, que nuestra felicidad depende de su satisfacion, y nada olvidamos para satisfacerlas; aquellas nos asegura que solamente en la virtud hallaremos la felicidad que tanto deseamos, y nada hacemos para ser virtuosos.

Reconozcamos nuestro extravio, busquemos la felicidad en el único manantial que puede producirla; fuera de la virtud en vano la buscamos, en ella sola podemos encontrar una verdadera tranquilidad; en su exercicio unicamente hallaremos verdaderos placeres. Tranquilidad; placeres puros y sólidos que hacen toda la felicidad del hombre.

La tranquilidad es el primer bien del hombre, sin el qual no puede gozar de los demas bienes; es el primer escalon de la felicidad, sin la tranquilidad todo es miseria. Pero en vano busca este bien precioso en la posesion de los objetos

tos que le rodean, en vano desprecia todas las leyes para lograrlo, ó conservarlo; estos objetos no pueden alcanzarle aquella dulce tranquilidad por la qual suspira. Apenas los posee quando se fastidia, y otros nuevos deseos suceden á los que acaba de satisfacer. Demasiado convencido de la fragilidad de estos bienes, teme á cada instante se le escapen, y por una inconsequencia de su corazon que no se puede definir; el fastidio que le causan, no puede destruir en su alma el temor de perderlos, ni éste disminuir el fastidio que le acompaña.

El ambicioso rodeado de honores y dignidades está continuamente abrasado del deseo de ocupar un puesto mayor que el que posee y teme perder; es insensible á toda su brillantez, todos sus pensamientos se dirigen á aumentarlo, sus deseos no tienen límites. ¿Cómo pues, podrá estar sosegado?

El avariento pasa su vida en una continua inquietud, y gualmente combatido del temor de perder los bienes, que solo goza en apariencia y de la insaciable codicia de aumentarlos, la idea de los tesoros que apetece, apaga en su corazon el sentimiento de los que posee, sus inmoderados deseos no hallan punto fixo, sus ansias, sus cuidados no tienen término; las penas, las sospechas, los recelos, la desconfianza se unen para atormentarle: ¿Cómo pues podrá gozar una verdadera tranquilidad?

El voluptuoso vanamente procura adormecerse entre los brazos del deleyte, vanamente bus-

ca la paz que no puede hallar en él. Sus deseos turban la falsa tranquilidad que se prometia : esos placeres que le cuestan tantas fatigas, esos placeres á los que la dificultad y tardanza daban mas atractivos, se le hacen insípidos luego los ha disfrutado, y dexan su corazon hambrinto de nuevos deleites de los que no podrá saciarse, si no es quedando atormentado por las inquietudes que los acompañan: ¿Cómo pues, podrá vivir con descansos?

En una palabra, cada pasion es un enemigo de la tranquilidad del hombre, cada inclinacion desarreglada es una serpiente cruel que roe su corazon, cada vicio es un manantial inagotable de inquietudes y miserias.

Así es que todo lo que parece proporcionar el descanso, contribuye á quitárselo; pero aun quando la agitacion de su alma no dimanase de la misma fuente donde busca la tranquilidad, la guerra interior que experimenta en sí mismo, los remordimientos que vanamente procura ahogar, y que apesar suyo combaten sin cesar sus inclinaciones viciosas, ¿no bastarían para ahuyentar la paz de su alma, y ponerla en una agitacion continua? Un gusano roedor le despedaza sin cesar, una cruel sinderesis le representa la enormidad de sus crímenes, se unen con sus pasiones para atormentarle, se arman contra él para castigar sus desórdenes y vengar la virtud que ha ultrajado.

El hombre no nace para el vicio, apesar de la corrupcion de su naturaleza, se puede decir que es un estado violento para él; criado para la vir-

virtud que lo eleva al Cielo, su corazon no puede sin dificultad inclinarse ácia la tierra por el peso del vicio. Combates crueles que no le dexan ni paz ni treguas; contradiccion eterna que nunca le permiten estar de acuerdo consigo mismo; oposicion fatal de su humor con su amor, de sus deseos con sus deseos, de sus sentimientos con sus sentimientos, todos á porfia alejan mas y mas su tranquilidad.

¡Qué diferente es el estado del hombre virtuoso! él solo posee un bien sólido que satisface su anhelo; su corazon no da entrada al disgusto, no se halla atormentado por unos deseos siempre inquietos, y á veces inútiles, no conoce aquel fastidio mortal que sigue al goze de los demas bienes, no teme que le quiten el tesoro que disfruta; nada pueden contra este tesoro los reveses de la fortuna, ni la injusticia de los hombres si acaso teme perderlo por la desconfianza que hace de sí propio. Ah! ¡Qué diferente es este temor del que inspiran los tesoros perecederos de la tierra! Estos despedazan el corazon del hombre, aquel no inquieta la paz que goza, este lo llena de las mas crueles agitaciones haciéndole víctima de su desconfianza, aquel le dexa tranquilo, y le dá armas contra su debilidad.

Fatal contradiccion, y continuos combates que haceis el suplicio del vicioso; el que sigue la virtud, vive libre de la inquietud que causais; la porcion mas noble de sí mismo ha prevalecido, ha subyugado la mas sensual y terrena, tiene encadenada su despreciable émula, y si alguna vez pre-

pretende esta dominar, pronto la somete aquella baxo su yugo, rebellion impotente, rebellion de corta permanencia, que no puede alterar la paz del sábio.

En tan feliz estado ¿qué cosa hay que pueda perturbar su tranquilidad? La pérdida de los honores, él los desestima: la de las riquezas, las mira con indiferencia: las calumnias, las desprecia: la malicia de los hombres no puede dañarle: su ingratitud la espera: el dolor exercita su ánimo: la muerte en ella vé el principio de una vida feliz. Precipítenlo los mayores revaces desde el puesto mas alto en el polvo: quítele la injusticia de los hombres, ó los caprichos de la suerte los bienes que poseé: derrame la embidia su cruel veneno sobre sus acciones: despedazen su cuerpo los dolores mas agudos: colíguense contra su vida las tempestades y elementos: armen los tiranos contra él toda su crueldad: esfuérzese la naturaleza entera en perderlo: superior á todo lo que le rodea, queda intrépido, queda inmovil, entre los mas horrorosos peligros: despida el Cielo sus rayos por todas partes, ántes será reducido á polvo que alterado: desgájese el universo en sus fundamentos y sus ruinas le aniquilarán sin amedrentarle.

Teme al Ente Supremo, y no conoce otro temor; se gloria de su sumision á las leyes de la providencia, y no conoce otra esclavitud: ¡Temor feliz! ¡Sumision dichosa! léjos de alterar su tranquilidad, son sus fundamentos mas sólidos, pues son los fundamentos de la virtud que la produce.

287

OCTAVAS.

Miserere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam.

O Dios de la piedad y la clemencia,
Que por librar al hombre del pecado,
Tu suprema, inmortal, eterna Esencia,
Con asombro de todo lo criado,
Decretó en los arcanos de su ciencia
El remedio en tu muerte vinculado!
Tén piedad de mi culpa abominable,
Segun tu gran piedad inagotable.

*Et secundum multitudinem miserationum tuarum,
dele iniquitatem meam.*

Y pues ofreces tantos exemplares
Á toda el alma fiel que en tí confia,
En las dulces clemencias que á millares
Estás executando cada día,
Cuyos benignos hechos singulares
Aliento dan á la esperanza mia:
Borrá, Señor, mi mancha y mi pecado,
Segun los exemplares has dexado.

*Amplius lavame ab iniquitate mea, et á peccato
meo munda me.*

Lávame mas y mas de mis maldades,
Pues tu misericordia es infinita:
No te enojen, Señor, mis impiedades;

Y al ver mi voluntad fiel y contrita,
 Aumenta en mí tu gracia y tus piedades;
 Y olvidando la ofensa que te irrita,
 Mi fervoroso ruego escucha grato,
 Y limpia de mi culpa hasta el reato.

Quoniam iniquitatem meam ego cognosco, et peccatum meum contra me est semper.

Y nspirado, Señor, de vuestra gracia,
 De la suprema luz iluminado,
 En mi infeliz estado y mi desgracia
 Conozco mi maldad y mi pecado,
 Y el que de combatirne no se sacia,
 Dentro de mis entrañas radicado
 Y delante de voz no encuentra escusa,
 Siempre está contra mí, siempre me acusa.

Tibi soli peccavit, et malum coram te fecit, ut iustificeris in sermonibus tuis, et vincas cum iudicaris.

Pues solo contra tí pequé, Dios mio,
 Y delante de tí labré mi daño,
 Sea mi propio yerro y desvario
 De tu justa palabra el desengaño:
 Porque nunca, Señor, venza el impio,
 Ni prevalezca el padre del engaño;
 Y para que en tu juicio poderoso
 Quedes siempre triunfante y victorioso.

Se continuará.